



LAUDATIO

EN EL ACTO DE INVESTIDURA DEL

ILMO. DR. D. EUDALDO FORMENT GIRALT

DOCTOR HONORIS CAUSA

PRONUNCIADA POR EL ILMO. DR. D. ÓSCAR YECID APARICIO GÓMEZ

EN VIC (BARCELONA), EL DÍA 5 DE JUNIO DE 2026

Ilustrísimos Académicos de Número de la Academia Hispanoamericana de Doctores,
Autoridades académicas y eclesiásticas,
Querida familia Forment Costa,
Colegas, amigos, señoras y señores:

Toda comunidad académica llega, tarde o temprano, a esos momentos en los que el reconocimiento deja de ser un acto protocolario para convertirse en la expresión pública de su propia identidad. Hoy la Academia Hispanoamericana de Doctores vive uno de esos momentos. Al conferir la distinción de Doctor Honoris Causa al profesor Eudaldo Forment Giralt, no solo honra una trayectoria intelectual y humana excepcional; afirma también el ideal de sabiduría que inspira su misión y orienta su quehacer institucional.

Nos congregamos hoy aquí, en Vic, para conferir la distinción de Doctor Honoris Causa al profesor Eudaldo Forment Giralt, cuya biografía intelectual y espiritual permanece inseparablemente unida a Barcelona, ciudad donde desarrolló durante más de cuatro décadas su magisterio académico y su fecunda labor filosófica. El Dr. Forment es, además, Académico de Número y titular de la primera medalla de la Academia Hispanoamericana de Doctores, vínculo que sustenta este reconocimiento y que expresa la voluntad de esta institución hispanoamericana de enraizarse en lo más alto de nuestra tradición filosófica.



Y lo hacemos conscientes de que este reconocimiento no nace únicamente de la admiración hacia una obra filosófica extraordinaria, sino también del afecto profundo hacia una vida ejemplar. Existen intelectuales brillantes cuya obra deslumbra; pero existen hombres excepcionales cuya sola presencia ilumina. El Dr. Forment pertenece a esa clase de maestros cuya autoridad no procede únicamente de la profundidad de sus ideas, sino de la coherencia serena de toda una vida entregada al bien, a la verdad y al servicio de los demás.

Esta ceremonia posee, además, un carácter singular. Los aquí presentes no somos simples asistentes a un acto académico: somos discípulos, colegas, compañeros de búsqueda intelectual, amigos de toda una vida. Al contemplar esta sala, se advierte que nos encontramos ante una verdadera comunidad de pensamiento, reunida en torno a quien ha sido durante décadas uno de los intérpretes más rigurosos y fecundos del tomismo en lengua española, y uno de los transmisores más lúcidos de la herencia filosófica de Santo Tomás de Aquino.

Hablar del Dr. Forment es evocar, inevitablemente, a Santo Tomás. Hablar de su magisterio es hablar de aquella tradición sapiencial que comprende la filosofía no como un mero ejercicio especulativo, sino como el itinerario del espíritu humano hacia la contemplación de la verdad. En él, el pensamiento del Aquinate no ha sido nunca arqueología intelectual ni repetición escolástica; ha sido vida, actualidad y horizonte.

El Dr. Forment ha encarnado, de manera admirable, ese ideal tomista del *officium sapientis*: el oficio de sabio. Con esa expresión, Santo Tomás describe al sabio como aquel que está llamado a «ordenar» las cosas hacia su principio y su fin último, a considerar las causas supremas, a servir a la verdad con toda la capacidad de la inteligencia. Y precisamente por ello, quienes hemos sido discípulos del profesor Forment sabemos que, en sus clases, en sus libros y en sus conversaciones, jamás se nos invitó únicamente a pensar mejor, sino también a vivir mejor; no solo a comprender conceptos, sino a descubrir el orden profundo del ser.



Permítanme hablar hoy no solamente como presidente de esta Academia, ni únicamente como padrino académico, sino desde el privilegio, para mí inmerecido, de ser discípulo y amigo.

Porque mi vínculo con el Dr. Forment y con su querida esposa Helena no nació exclusivamente en las aulas de la Universidad de Barcelona ni en el ámbito académico. Nació, sobre todo, desde una fe compartida; desde esa fraternidad silenciosa que surge cuando las personas reconocen en el otro la presencia de un mismo amor a Dios y una misma búsqueda de la verdad.

Durante mis años de juventud en Barcelona, el profesor Forment, Helena y su familia me acogieron con una generosidad que jamás podré olvidar. Me abrieron no solo las puertas de su hogar, sino también las de su intimidad familiar, permitiéndome experimentar una cercanía marcada por la sencillez, la confianza y el afecto verdadero. En una ciudad distante de mi Bogotá natal, encontré en ellos algo infinitamente más valioso que una referencia académica: encontré una familia.

Y esa experiencia humana, profundamente cristiana, marcó mi vida para siempre.

Por ello, si hoy tengo el inmenso honor de pronunciar esta *laudatio*, deseo hacerlo también desde la gratitud personal. Gratitud por tantos años de amistad incondicional. Gratitud por el acompañamiento silencioso en momentos decisivos de mi vida. Gratitud por las conversaciones interminables sobre Santo Tomás, sobre la Iglesia, sobre la educación, sobre el destino del hombre y sobre la vocación del intelectual cristiano en el mundo contemporáneo. Gratitud, en definitiva, por haber encontrado en el maestro no solo un referente filosófico, sino un testimonio vivo de humanidad y de fe.

El Dr. Eudaldo Forment Giralt nació en Barcelona en 1946 y desarrolló desde muy joven una vocación intelectual extraordinaria, forjada en el seno de la Escuela Tomista de Barcelona. Esta escuela, que arranca del magisterio espiritual del jesuita Ramón Orlandis



—fundador de la *Schola Cordis Iesu* e inspirador de la revista *Cristiandad*—, fue institucionalmente consolidada por Jaime Bofill cuando obtuvo en 1950 la cátedra de Metafísica de la Universidad de Barcelona, y alcanzó su mayor altura filosófica con Francisco Canals Vidal, quien la ocupó desde 1967. El Dr. Forment fue discípulo directo de Canals y le sucedió en esa misma cátedra en 1989, cerrando así una cadena de maestros que es, en sí misma, una de las tradiciones filosóficas más singulares de la España contemporánea.

De esta tradición profundamente arraigada en el realismo metafísico, el Dr. Forment extrajo algo esencial: que la filosofía solo alcanza su plenitud cuando se ordena a la verdad del ser. Y en una época dominada por el relativismo, el subjetivismo y la fragmentación del conocimiento, permaneció fiel a la intuición fundamental de Santo Tomás de Aquino: la convicción de que la realidad es inteligible, de que el ser posee una estructura racional y de que el intelecto humano está constitutivamente orientado hacia la verdad.

Toda su trayectoria académica constituye un testimonio admirable de fidelidad a esa misión sapiencial. Fue profesor en la Universidad de Barcelona desde 1971 y catedrático de Metafísica desde 1989 hasta su jubilación. A lo largo de esas décadas, dirigió treinta y seis tesis doctorales y formó numerosas promociones de filósofos, investigadores y docentes que hoy extienden su huella por España, Hispanoamérica y diversas universidades internacionales.

Su obra escrita es de una fecundidad extraordinaria: más de doscientos artículos filosóficos y decenas de libros. Entre sus títulos más representativos destacan *Ser y persona* (1982) y *Persona y modo sustancial* (1983), que constituyen su aportación más rigurosa a la metafísica de la persona desde categorías tomistas; *El problema de Dios en la metafísica* (1986), estudio que ilumina la teodicea desde el acto de ser; *Filosofía del ser* (1988), lectura comentada del *De ente et essentia* del Aquinate; la monumental *Historia de la filosofía tomista en la España contemporánea* (1998), obra de referencia



ineludible para comprender el tomismo español desde la Aeterni Patris; y la serie de estudios *Id a Tomás*, Sabiduría tomista y Santo Tomás de Aquino. Es asimismo Académico ordinario de la *Pontificia Accademia Romana di San Tommaso d'Aquino* y Director general de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino (SITA).

Quizá uno de sus mayores méritos haya sido devolver actualidad al pensamiento de Santo Tomás de Aquino en medio de una cultura que con frecuencia ha declarado superada la metafísica. Mientras muchos abandonaban las grandes preguntas sobre el ser, la verdad y la naturaleza humana, el Dr. Forment supo mostrar que el Aquinate continúa siendo uno de los interlocutores más fecundos para comprender los desafíos filosóficos del presente. En él, Santo Tomás nunca apareció como una figura distante del pasado, sino como un maestro permanentemente actual. Por eso sus estudios sobre el Aquinate poseen una singular grandeza: porque no son meras interpretaciones eruditas, sino auténticos actos de continuidad intelectual y espiritual.

El Dr. Forment comprendió profundamente que el tomismo no consiste en repetir fórmulas, sino en aprender a mirar la realidad con inteligencia contemplativa. Por eso supo dialogar con la modernidad sin renunciar jamás a la centralidad del ser; con las corrientes contemporáneas sin ceder a la confusión antropológica; con la mentalidad secular de nuestro tiempo sin sacrificar la unidad entre razón y fe.

Su pensamiento sobre la persona humana constituye uno de los aportes más valiosos de su legado filosófico. Inspirado en Santo Tomás, nos recordó que la dignidad de la persona no depende de consensos históricos ni de construcciones culturales cambiantes, sino del acto de ser personal: ese *esse* que el Aquinate reconoció como el *actus omnium actuum*, el acto de todos los actos. En tiempos en que el hombre corre el riesgo de reducirse a función, utilidad o apariencia, su pensamiento se alza como una defensa filosóficamente sólida de la irreductible grandeza del ser humano.



Asimismo, desarrolló una reflexión rigurosa sobre el vínculo entre familia y persona, iluminando el misterio de la comunión humana desde categorías metafísicas y personalistas. Quienes fuimos formados bajo su magisterio aprendimos que la familia no es una estructura accidental ni un simple contrato social, sino el ámbito originario donde la persona descubre simultáneamente su singularidad irrepetible y su vocación al amor.

Pero sería imposible comprender plenamente la figura del profesor Forment sin referirnos a la dimensión espiritual que atraviesa toda su existencia. En él, la filosofía jamás estuvo separada de la vida interior.

Su magisterio intelectual siempre estuvo acompañado por una profunda humildad cristiana. Jamás buscó protagonismos ni reconocimientos personales. Nunca utilizó el conocimiento como instrumento de poder. Como el auténtico sabio tomista, comprendió que toda verdad participa de la Verdad, y que el intelectual debe aproximarse al misterio del Ser con reverencia y gratitud.

Quienes tuvimos la gracia de compartir momentos de cercanía familiar sabemos que su hogar reflejaba precisamente esa armonía tomista entre contemplación y vida cotidiana. Helena, su esposa, desempeñó en ello un papel silencioso y decisivo. Con una discreción luminosa, sostuvo durante toda la vida una atmósfera de acogida, bondad y serenidad que quienes nos acercamos a su familia pudimos experimentar.

Querida Helena: Aunque hoy nuestros ojos no puedan verla, su presencia habita profundamente esta ceremonia. Usted acompañó al maestro en el silencio fecundo de los años, sosteniendo con amor cada libro escrito, cada clase preparada, cada discípulo acogido y cada sacrificio escondido. Quienes conocimos su bondad sabemos que parte esencial de esta obra también le pertenece.

Permítanme dirigir ahora unas palabras a su querida familia, aquí presente. A sus queridos hijos Jacinto, Eudaldo y José María, a sus estimadas nueras y a sus amados nietos, deseo



expresarles, en nombre de esta Academia y desde mi gratitud más personal, nuestro afecto y reconocimiento. Ustedes son la continuidad viva de ese hogar que el profesor Forment y Helena edificaron sobre la fe, el amor y la fidelidad. Al contemplarlos hoy reunidos junto a su padre, suegro y abuelo, vemos el fruto más hermoso y perdurable de toda una existencia: una familia unida por la fe, por la bondad y por esa nobleza espiritual que Santo Tomás de Aquino reconocía como reflejo del orden del amor querido por Dios.

Querido profesor Forment: quienes hoy le rendimos homenaje sabemos que este reconocimiento no añade grandeza a su figura; simplemente hace visible algo que desde hace muchos años habita en el corazón de sus discípulos y amigos.

Su magisterio nos ha enseñado que la filosofía es, ante todo, una vocación de servicio; que la inteligencia encuentra su más alta realización en la contemplación de la verdad; que la razón humana no alcanza su perfección alejándose de Dios, sino abriéndose humildemente a Él, fuente última de toda verdad y de todo ser; y que Santo Tomás de Aquino sigue siendo, hoy como ayer, uno de los grandes maestros para comprender al hombre, al mundo y al destino trascendente de la existencia humana.

Por todo ello, esta ceremonia trasciende el ámbito estrictamente académico. Hoy no asistimos simplemente a la concesión de una distinción honorífica. Asistimos al reconocimiento de una vida enteramente entregada al cultivo de la sabiduría, al servicio de la verdad y a la formación de generaciones de discípulos en el rigor intelectual y el bien común.

Y siguiendo el espíritu de Santo Tomás de Aquino, cuya presencia intelectual atraviesa profundamente esta Academia y cuya luz ha guiado de modo eminente la vida del hoy homenajeado, podemos afirmar que esta medalla que hoy porta no instituye en usted autoridad alguna, porque esa autoridad existe desde hace décadas; tampoco le concede una dignidad nueva, porque esa dignidad habita naturalmente en su persona. Esta



Academia reconoce públicamente lo que innumerables discípulos sabemos desde hace mucho tiempo: que usted es, verdaderamente, maestro.

Este reconocimiento posee, además, un significado singular para la historia de esta Academia: es el primer Doctorado Honoris Causa que otorga, y lo confiere a quien ostenta la condición de Académico de Número n.º 1. No es casualidad. Es, más bien, una declaración de principios: esta institución nace orientada hacia la sabiduría, y elige que su primer gesto público sea honrar a quien mejor la encarna.

Reciba, querido Dr. Forment, el abrazo de esta Academia que hoy, al honrarle, se honra a sí misma.

Y permítame concluir no solo como presidente de esta Academia, sino también como aquel joven que un día llegó a Barcelona y encontró en usted, en Helena y en su familia un hogar, una amistad y un ejemplo de vida que jamás podrá olvidar.

Gracias, maestro, por su acogida generosa, por su amistad incondicional y por haber encarnado, con humildad y grandeza, el ideal del sabio cristiano que el Aquinate nos legó como horizonte de pensamiento y de vida.

Muchas gracias.